

NOTAS Y COMENTARIOS

NATURALEZA DEL HOMBRE "AXIAL" EN SERGIO SARTI

Antes de emprender la tarea de exposición del último libro del profesor Sergio Sarti, de la Universidad de Trieste,^{*} recordaré que su autor, significativo filósofo cristiano de la Italia actual¹, es también el primer historiador sistemático europeo de la filosofía iberoamericana² y un poeta de gran mérito³.

En la línea espiritual de sus libros anteriores, aparece este libro, *L'uomo assiale*, que, aparentemente (sólo aparentemente) rompe con aquel su modo de exponer riguroso, penetrante y sobrio. Digo esto porque la presente obra utiliza un estilo poco o nada frecuente: Por un lado, cuarenta proposiciones que definen un tipo de hombre y que ofrecen un código de comportamiento (las primeras veinticinco páginas); por otro, el comentario a esas sintéticas proposiciones respecto de las cuales el autor ha "perseguido la ilusión de transformar el comentario en una especie de coro polifónico" (p. 5). El todo es coronado por una conclusión en la cual vuelve a aparecer el estilo sistemático.

Lo primero que es necesario poner en claro es el concepto mismo de "hombre axial" (como me permito traducirlo al castellano por obvia referencia al sentido originario del término "eje", del clásico *axis*): En un primer acercamiento, es claro que se refiere a una minoría, la que constituye como el *phylum* esencial de la civilización y la cultura, que atraviesa todos los tiempos y lugares, pero cuyos miembros comparten una misma actitud de fondo frente a la realidad, a la vida, a la naturaleza, ante los demás y el mismo Absoluto: "El eje interior, dice Sarti, que sostiene su existencia, tiene una afinidad con el eje del mundo, cuyo prolongamiento alcanza el cénit en la profundidad del cielo" (p. 11); en el fondo se trata del *caballero* o *miles medieval*, pero que incluye también el samurai japonés, el masai africano, el ariya védico. Su naturaleza, sus vicisitudes, su trágica situación en el immanentismo anti-axial del mundo de hoy, sus perspectivas, provocan la meditación metafísica, histórica, religiosa y moral, sobre todo moral, de Sergio Sarti fuera (no contra) de los habituales modos de exposición académica.

Seguiré, pues, el mismo orden y ritmo del libro, acentuando aquellos textos que permitirán ir conociendo al hombre "axial". Salvada la igualdad de esencia

* *L'uomo assiale. Quaranta proposizioni per un codice dell'uomo assiale e commento*, Presentazione di Augusto del Noce, 268 pp., L. U. Japadre Editore, L'Aquila, Roma, 1896.

¹ Sus libros más significativos filosóficamente: *Io cogitante ed io problematico*, 182 pp., Paideia, Brescia, 1962 (de este libro me ocupé especialmente en *Sapientia*, XX, nº 77, p. 214-219, Buenos Aires, 1965); *Mito e rivoluzione*, 176 pp., Paideia, Brescia, 1969; *Studi di logica e metafisica*, 144 pp., Editrice "La Nuova Base", Udine, 1976. También innumerables artículos en revistas como *Giornale di Metafisica* y *Filosofia, oggi*, entre otras.

² *Panorama della filosofia ispanoamericana contemporanea*, 738 pp., Cisalpino-Goliardica, Milano, 1976.

³ Recuerdo, principalmente, *Missione in Northumbria. La via di Dio*. Poema dramático, 100 pp., La Nuova Base, Udine, 1975 y los poemas reunidos en la hermosa edición de *Osanna e altre poesie religiose*, 44 grandes folios, Litografia originale di Arrigo Poz, Udine, 1981.

entre los hombres ("tú detentas un solo privilegio, el de ser hombre") que debe ser reconquistada día a día, "todos los hombres son hombres, pero algunos son más hombres que otros", porque el hombre —dice sciaquianamente Sartre— "adquiere sentido sólo desde el momento en el cual no es visto como un 'hecho', sino como un hacerse (*farsi*) no como un 'dato', sino como un acto; no como un resultado de fuerzas exteriores, sean cuales fueren, sino como un construirse interior" (p. 33); es, pues, un *vir* en cuanto poseedor de la *virtus* o *andréia* que lo pone por encima de la "datidad" biológica allende la herencia genética y el influjo ambiental— re igándolo a un valor que lo trasciende: Tales los hombres axiales cuya esencia no es expresada por los "humanismos" ateos que exigen la imposibilidad de que el hombre sea solamente hombre, lo cual significa renunciar a serlo (p. 37). Habida cuenta que lo exclusivamente humano siempre termina en lo infrahumano, el pensamiento moderno ha comenzado por desligar al hombre del Ser; por eso, la tendencia "incandescente" del hombre al Absoluto queda *vacía* impidiendo el recogimiento interior, el "ser uno, uno mismo" (dice con Ortega) donde reside aquel centro *unificador* (San Agustín) con nosotros mismos como punto de partida del abrirse hacia Aquel que es el fundamento del Otro; de modo que, desde aque. centro interior con el Absoluto trascendente (y fascinante) se constituye un lazo perenne (p. 44). De ahí que, con Joseph de Maistre, "el hombre, que vale cuanto cree, no vale nada si no cree en nada" (p. 45): Se da valor, dándose a un valor; este valor no es lo útil económico (que no es una categoría y cuanto más es un valor inferior) respecto del cual muchos podrán *tener* mucho, pero sin el valor que hace *ser* (p. 47). El hombre moderno ha expulsado lo absoluto de la conciencia, se han invertido los valores y el hombre ha perdido su prerrogativa de trascenderse a sí mismo (Nietzsche). Tal es la raíz de la actual tendencia denominada *reduccionismo* a la que Sartre propone llamar "la pasión del no es otra cosa que..." (p. 52): Dirá que la religión *no es otra cosa que* miedo y deseo de protección (Hume), que el altruismo no es otra cosa que egoísmo bien entendido (Bentham), etc.; de modo que la "reducción" siempre será reducción de lo superior a algo inferior sin explicación alguna; así impedirá que los hombres sean lo que son (un per se y no un "para mí"); es decir, no algo del que uno *se* sirve sino algo *al* cual se sirve (p. 54); esto confiere al valor un *eje* de orientación, le reconoce un ser en la persona (Sciacca) donde radica la vocación del hombre por el Calor Absoluto, allende el tiempo, como tan trágicamente lo han vivido Kierkegaard, Unamuno, Guénon y muchos más. Este es, pues, el camino del hombre axial que busca aquel núcleo esencia: en el cual se unifica el yo por el Absoluto; significa encontrar a Dios en mí, como siendo en mí *sin* ser yo, porque no es por mí ni en mí, ni puede agotarse jamás (p. 64).

Algo así como el negativo del hombre axial puede verse en las meras palabras de la revuelta parisiense del 68 que, al pregonar el cambio, deja sólo el vacío interior. El hombre axial, en cambio, siente el fervor del valor que no es su valor ni el de los otros, eliminando el fanatismo que nunca tiene dudas y genera la idolatría; en el fondo, tiene miedo. El hombre axial no tiene temor a la duda, ni tampoco teme a una nueva eventual elección porque hasta la misma fe consiste, con Unamuno, en resolver dudas y resolver las dudas que resurgen ante toda duda resuelta (p. 73). Surge así la necesidad de vivir en la verdad, de *vivir la Verdad* que consiste, en el hombre axial, en la expresión exterior por medio de la palabra, de su constitución interior (p. 75); próximo a los santos, como ellos es humilde ante la Verdad y reconoce la iniquidad de la mentira. El hombre axial es el "gran señor" que, en la Verdad, ama a los demás y a nadie desprecia, ni siquiera a los enemigos (p. 81), pues su único enemigo es el mal dentro de sí; en él, pues verdad y justicia son simultáneas como se reconoce en la *recta*

ratio antigua y medieval cuya culminación es lograda en la Caridad como perfección de la justicia (p. 88).

Sarti escribe agudas reflexiones acerca de la justicia, de la lealtad y el señorío propios del hombre axial constituido por una disposición interior como tensión a un Valor trascendente conscientemente escogido y libremente escuchado (p. 93, 95-6, 99), lo cual le distancia incommensurablemente del miedo vil y lo inserta en el heroísmo del "varón" (p. 101-3). Con este supuesto, la meditación de Sarti muestra que la verdadera aspiración del hombre moderno es no sentirse responsable —él atribuye idóaticamente carácter sacro a la colectividad— y logra el envilecimiento en ese "ser como los otros" (p. 107); la masa es, así, fácilmente dominada por la dictadura, oculta o explícita, del *mito progresista* (p. 111) que el hombre axial rechaza porque sabe que, sólo "salvando la propia alma se salva la comunidad y el todo; que de este sacro egoísmo se constituye la caridad universal" (p. 113).

El mito progresista se alimenta, como ejemplarmente en el marqués de Sade, de un paraíso terreno futuro que siempre merece "todavía un esfuerzo más" (p. 115-6), bien expresado en el *Catecismo del revolucionario* (1869) atribuido a Bakunin; para éste, bien es todo lo que sirve a la revolución (comunista) que sustituye a la religión cristiana del amor por la religión del odio (p. 120). Y el hombre axial, roto el mito del progreso, conoce la aparente paradoja: "que la historia no puede ser historia humana... si el hombre es todo y sólo histórico" (p. 123); por eso, no es el progreso exterior lo que libera al hombre sino el progreso interior (Sciaccia) (p. 124-5). En este sentido, "el Medio Evo ha sido la época más noble y alta de Europa" (p. 131). El hombre axial posee la libertad, mientras que el hombre moderno sólo ha descubierto la libertad *moderna* que es la mera identificación de la libertad con el conjunto de las posibilidades de cada uno (p. 136 y ss.); el caballero medieval es el hombre libre que llevaba espada como signo de la posibilidad de herir; pero se suponía que, por ser persona de rango, dueña de sí, por ser, precisamente, *hombre y libre*, no se serviría de ella sino en los casos previstos y según las reglas establecidas (p. 140): No hacía tdo lo que se *puede* hacer sino sólo lo que se *debe*, situándose así en las antípodas de Hegel, Marx o Nietzsche, quienes, al "realizar" la libertad, la niegan. El hombre libre se identifica con el *noble*, el hombre axial, ejemplar, que renuncia a seguir los impulsos contingentes, escogiendo, allende todos ellos, el "ti mismo" profundo que solamente hace lo que debe. El hombre axial es pariente del asceta, pero quiere elevarse a Dios sin separarse del mundo; no desdén a acción y lucha contra la injusticia en el mismo terreno que el enemigo; *odia* el mundo (en cuanto falso) y *ama* al mundo en cuanto quiere rescatarlo de su insuficiencia (p. 150-151). Sarti compara al hombre axial con el montañista que, en el ascenso pone, con sus compañeros, ayuda y colaboración recíproca y no compete con la montaña; sólo alaba a Dios por el sentido del mundo y en la cima ve el eje del mundo (p. 154). El hombre axial respeta la naturaleza (es el verdadero ecologista) en cuanto la implanta en el orden del Ser.

Para el hombre axial, poseer una verdad significa *ser poseído*, lo cual lo sitúa en el extremo opuesto tanto del fanático cuanto del "tolerante"; por eso, dice la proposición XXII: "Tú sabes que comandar no significa imponerse y dominar; sabes que puedes obrar verdaderamente sobre los otros en la medida en la cual *eres*, o sea, en la medida en la cual hayas modelado a ti mismo a la luz del Valor" (p. 171). Esto es ser "puente" de sí mismo, "pontífice" que, en el orden práctico-político asumiría el papel de modelo existencial para todos; frente al consumismo —traducción vulgarizada del immanentismo— el hombre

axial, señor de sí mismo, es aquel que simplemente es en el Ser y, como tal anuncia un nuevo amanecer del mundo (p. 185).

El hombre axial condena, como el caballero y los monjes-caballeros, toda violencia material y moral; pero como ha puesto su ideal "más allá de la vida" y está pronto, por eso, "a correr el riesgo mortal" (p. 186, 188); en este género de milicia, si la causa es justa (como pensaba San Bernardo) ya la causa ha vencido precisamente porque es justa. Existe, sí, una "gran guerra santa" que es "la guerra al mal dentro de sí" (p. 192): Requiere energía espiritual como la del centinela (Saint-Exupéry) que está *firme* en la guerra del espíritu frente al hombre moderno vacío de interioridad y siempre dominado. El hombre actual ha perdido el sentido de la dignidad: La sola palabra le provoca fastidio, lo cual se expresa hasta en el rechazo de la higiene personal (p. 207); el hombre axial, por el contrario, reconoce la dignidad como el esplendor que emana de la virtud (Rosmini); él siempre da "un paso adelante" hacia un infinito Valor cualitativo (p. 210-211) que alimenta los *modelos* clásicos recibidos por la tradición, mientras los "mass-media" de hoy proponen pseudo-ejemplares como el conformista Mickey o el neurótico Donald, cuando no Batman y Gordon Flash! No. El hombre axial se esfuerza por cumplir sus deberes sin llenarse la boca de los propios derechos y, por eso, realiza las condiciones para ser *también* feliz en la muy modesta forma que puede llegar a serlo en esta carne mortal (p. 223).

El hombre axial proyecta esta actitud al amor humano, a la soledad contemplativa y a la "fiereza" como fuerte conciencia de sí mismo. El bíblico "serán dos en una sola carne", es pensado por Sartre en el sentido de "dos *espíritus*" cuando la carne sea *una*; es decir, *unión*, no fusión; misterio por el cual dos pueden verse con los mismos ojos de Dios, que es el fundamento supremo del matrimonio y la familia florecida en la fidelidad de dos (p. 229) que miran en la misma dirección (Saint-Exupéry).

La *soledad* del hombre axial —lo contrario de la multitud como conjunto de hombres *aislados*— es escogimiento de libertad porque él sabe y vive que cualquier absoluto que no sea Dios concluye en nada y, con Kierkegaard, el singular impide que la comunidad se transforme en multitud (p. 236, 237). El aislado, en cambio, lo es por carencia, como consecuencia del individualismo; es, por eso mismo, "democrático". La soledad, en cambio, es "aristocrática". Como había previsto Tocqueville, mientras la aristocracia forma con todos los ciudadanos una larga cadena desde el campesino hasta el rey, la democracia rompe la cadena, separa los anillos dejando a todos aislados. Sartre, por fin, alaba la *fierceza* como virtud cristiana si se la entiende como lúcida conciencia del propio ser (como puede verse en León Bloy) (p. 240-2).

Al cabo de las cuarenta proposiciones, este libro original concluye subrayando algunos temas fundamentales al mismo tiempo que advierte acerca de algunas trampas ideológicas actuales y dirige un llamado final a las mujeres. En cuanto a lo primero, Sartre, convencido de que la civilización moderna está ya muerta desde que ha sido eliminada la ilusión de un reino del hombre desvinculado del Absoluto personal (p. 245), sostiene que encontrará su fin definitivo cuando se afirme una civilización nueva. Esta no excluye sino que incluye la tradición: su principio calará en la interioridad humana, superhistórica e histórica a la vez. En cuanto a las trampas ideológicas, están constituidas, principalmente, por el marxismo, las corrientes mitificantes de tipo oriental (salvado su respeto por el auténtico pensamiento oriental), el cientismo tecnológico progresista (la "civilización" de las computadoras) y la hoy llamada "nueva derecha"

en el fondo nietzscheana reimplantación de la decadencia neopagana (p. 254-255). Y, por fin, ¿por qué un llamado a las mujeres? Porque, para Sartre, la mujer tiene la grande misión no sólo biológica sino espiritual de "hacer hombres"; con su intuición y su sensibilidad, puede romper el muro de indiferencia hostil que las masas oponen al hombre axial. No se trata, es claro, de cierto "feminismo" ya señalado graciosamente por De Maistre cuando decía a su hija Constanza: "La mujer... no puede ser superior más que como mujer; cuando quiere emular a hombre no es más que una mona" (p. 257). Se trata, nada menos, de realizar, vosotras las mujeres, "en la forma más alta y completa las características que os distinguen y califican como mujeres" (p. 260).

El autor ha logrado descubrir, en la particular estructura del libro, el método adecuado para la expresión de una sostenida meditación libre, no "académica", viva y vivaz, que avanza, regresa, profundiza un tema y vuelve a pensarlo en otra perspectiva...

Más allá del tono entre reflexivo y algo melancólico que tiene la obra, su pensar se mueve en el ambiente espiritual de la filosofía cristiana que hunde sus raíces no en la Europa "vieja" sino en la Europa "antigua" que subsiste en la cultura y en la filosofía perennes. El mismo ambiente al que pertenecen pensadores como Sciacca, Fabro, Unamuno, Kierkegaard, Forest, Lavelle... A través de sus páginas, llenas de sabiduría humana un tanto melancólica (quizá signo de la madurez), se percibe, también un contenido optimismo: Melancolía por lo que se ha perdido en esta decadencia atroz del Occidente, esperanzado optimismo por lo que vendrá que, para Sartre, deberá ser una nueva civilización cristiana.

Las cualidades del libro son diversas: Ante todo, su serena espiritualidad; junto a ella, su penetración y agudeza, sobre todo en la denuncia de las mistificaciones de este mundo inmanentista y sofocante; a su vez y por eso mismo, se trata de un libro para pocos, para esa minoría que hunde sus pies (sus raíces) en el *humus* de la verdadera cultura, clásica y perenne, hoy en las catacumbas. Un libro que se puede leer de a poco, teniéndolo a mano, en momentos de recogimiento y silencio interior. Muestra, al mismo tiempo, energía y sosiego, dulce amargura y moderada esperanza; expresa la riqueza de la interioridad —propia del hombre axial— y también su soledad, su silencio significativo, su cristianismo esencia, y su "ferocidad" caritativa. Dios quiera que este hermoso libro encuentre fraternos lectores "axiales" porque sus páginas han nacido del más sincero amor a la Verdad, al Bien y a la Belleza.

ALBERTO CATURELLI